

MEDIOEVO Y LITERATURA

Actas del V Congreso de la Asociación
Hispanica de Literatura Medieval

(Granada, 27 septiembre - 1 octubre 1993)

Volumen III

Edición de Juan Paredes

GRANADA
1995

© ANÓNIMAS Y COLECTIVAS.

© UNIVERSIDAD DE GRANADA.

MEDIOEVO Y LITERATURA.

ISBN: 84-338-2023-0. (Obra completa).

ISBN: 84-338-2024-9. (Tomo I).

ISBN: 84-338-2025-7. (Tomo II).

ISBN: 84-338-2026-5. (Tomo III).

ISBN: 84-338-2027-3. (Tomo IV).

Depósito legal: GR/232-1995.

Edita e imprime: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada. Campus Universitario de Cartuja. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

La historia y los primeros libros de caballerías españoles

En el reinado de los Reyes Católicos (1474-1516) se publican seis libros de caballerías escritos en español, *Amadís de Gaula*, *Las sergas de Esplandián*, *Florisando*, *Palmerín de Olivia*, *Primaleón* y *Lisuarte de Grecia*, seis títulos que asientan las bases de la narrativa caballeresca posterior. En la línea artúrica, estas obras, presentadas formalmente como históricas, se caracterizan “por la presencia de elementos maravillosos (dragones, endriagos, serpientes, enanos y gigantes desmesurados, edificios construidos por arte de magia, exageradísima fuerza física de los caballeros, ambiente de misterio, etc.) y por situar la acción en tierras lejanas y exóticas y en un remotísimo pasado”¹, elementos todos ellos que parecen alejar los relatos del dominio de la experiencia inmediata. Su falta de verosimilitud histórica es el rasgo que mejor los define frente a libros como *Tirante el Blanco*, más anclado en la realidad y por ende menos ideal y fabuloso. En la novela de Martorell, cuya acción se ubica en 1450, todo está tomado de la realidad contemporánea y muchos de sus episodios se identifican con sucesos ciertos y documentados, perfectamente estudiados por Martín de Riquer². La historia inmediata, más o menos distorsionada, es la base de una ficción que pretende dar al lector la impresión de que lo que lee sucedió cuando la novela fue escrita, entre 1460 y 1466. La originalidad del escritor valenciano de hacer la peripecia de su novela contemporánea a su redacción no la hallamos en ninguno de los libros de caballerías publicados en el reinado fernandino, localizados todos ellos poco tiempo después de la Pasión de Cristo o en los descendientes inmediatos del octavo emperador griego después de Constantino. En ellos las arbitrarie-

1. Riquer, M. de, *Caballeros andantes españoles*, Madrid, Espasa-Calpe, Austral, 1967, p. 11.

2. Riquer, M. de, “*Tirant lo Blanch*”, *novela de historia y de ficción*, Barcelona, Sirmio, 1992. El estudio del tema islámico en la novela puede completarse con el trabajo de Rubiera, M^aJ., *Tirant contra el Islam*, Alicante, Ediciones Aitana, 1993.

dades históricas y geográficas, así como la vaguedad e imprecisión cronológica, son muy acusadas. La superposición de planos temporales, de diferentes tiempos históricos, conduce a inverosimilitudes del tipo de la advertida por Juan de Valdés en el *Amadís*, a cuyo juicio “Iñorancia es muy grande dezir, como dize al principio del libro, que aquella historia que quiere scriuir acontenció no muchos años después de la passión de nuestro redentor, siendo assí que algunas de las provincias que él en su libro haze mención [y] haze cristianas, se convirtieron a la fe muchos años después de la passión”³.

Esta falta de verosimilitud obedece en muchas ocasiones a un deseo consciente o involuntario de acomodación del relato a la realidad, al contexto histórico, un contexto que se filtra por todas las aventuras impregnando su sentido con la ideología política de sus autores y de las clases dominantes. Frente a lo que pudiera parecer, la realidad histórica del último cuarto del siglo XV es también materia novelable para estas ficciones, una fuente inagotable de inspiración. Los autores caballerescos sin duda alguna se inspiraron en acontecimientos reales y en actos de valentía perfectamente registrados en las crónicas de la época, crónicas que junto a los portulanos y los libros de viajes son materiales que también pudieron manejar a la hora de componer sus relatos. Los pasos de armas, las guerras, las disputas caballerescas por territorios o las fiestas encuentran referentes genéricos en cualquiera de las crónicas reales y biografías noveladas de la época⁴. Recuérdese al respecto, p.e., la pormenorizada *Crónica de Juan II*, de donde no en vano don Quijote saca la relación de verdaderos caballeros andantes equiparables a los de sus ficciones (I, 49).

La sospecha de esta utilización de fuentes historiográficas en la elaboración de estos libros, bien documentada en el caso de *Tirante*, ha sido recientemente corroborada por Sylvia Roubaud⁵, que ha demostrado cómo el autor del *Lepolemo*

3. JUAN DE VALDÉS, *Diálogo de la lengua*, ed. de J.M. LOPE BLANCH, Madrid, Castalia, 1983, pp. 171-172. Previamente, p. 47, se había referido ya a las “frías afetaciones” de su estilo, quizá explicables por acomodarlo “al tiempo en que dize acontenció su historia, y esto sería cosa muy fuera de propósito, porque él dize que aquella su historia acontenció poco después de la passión de nuestro redentor, y la lengua en que él escribe no se habló en España hasta muchos años después.”

4. Para el tema, vid. CATALÁN, D., “Poesía y novela en la historiografía castellana de los siglos XIII y XIV”, in: *Mélanges offerts à Rita Lejeune*, I, Gembloux, J. Duculot, 1969, pp. 423-441, y en especial BELTRÁN LLAVADOR, R., “Novelar la historia: apuntes sobre la prosa castellana del XV”, *Monteolivete*, 1, 1983-1984, pp. 67-77.

5. ROUBAUD, S., “Cervantes y el *Caballero de la Cruz*”, *NRFH*, 38, 1990, pp. 525-566 (p. 540). Del tema del cautiverio y de otros aspectos históricos relacionados con la trama del libro se ha ocupado también BOGNOLO, A., “La entrada de la realidad y de la burla grotesca en un libro de caballerías: el *Lepolemo*, *Caballero de la Cruz* (Valencia, 1521)”, comunicación presentada al V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval, Granada, 27 de septiembre- 1 de octubre de 1993, y recogido en estas mismas Actas.

tomó como modelo para la primera empresa acometida por su héroe un hecho de armas recogido por Fernando del Pulgar en sus *Claros varones de Castilla*. El protagonista del suceso real es Pedro Fajardo, mozo de la cámara del rey francés Carlos VII, y la cita del pasaje es textual. El hallazgo, por pequeño que parezca, encierra una gran importancia porque nos informa sobre lo que pudo ser un modo de trabajo habitual entre los cultivadores del género. El suceso real e histórico transferido a la historia de *Lepolemo*, ambientada en reinos islámicos y ubicada en una época imprecisa, sufre una profunda transformación, perdiendo casi todo su sabor histórico, hasta quedar envuelto en la atmósfera de irrealidad que presenta el libro.

Al margen del posible manejo de distintas fuentes historiográficas, la realidad histórica de la segunda mitad del siglo XV bulle en la génesis de estas ficciones determinando su aparición. La recuperación del género, la publicación de los primeros libros de caballerías, se encuentra estrechamente vinculada a los años más gloriosos del reinado de los Reyes Católicos y a su proyecto político. La nueva monarquía de Isabel y Fernando basa buena parte de su ideario en la renovada idea mesiánica de una Castilla imperial, abocada, como sugerían las viejas profecías joaquinicas, a la conquista de Jersualén. Este providencialismo, insistentemente alentado por la literatura del momento⁶, ejerce una función estabilizadora y legitimadora del poder regio refrendando todas sus empresas, incluida la reconquista granadina. La guerra de Granada fue clave en la nueva política de la monarquía y también en el resurgimiento y éxito de la narrativa caballeresca. Como reconoce Fernando del Pulgar en una de las cartas (Letra XI) enviada a la reina Isabel y escrita en el año del inicio de la guerra, 1482, la empresa comenzada es el mejor medio con que cuentan los monarcas para canalizar el ocio y los intereses de la caballería. Envidia da a los reyes vecinos, dice el cronista, “tener en vuestros confines gentes con quien no solo podeis tener guerra justa, mas guerra santa en que entendais y hagais exercer la cauallería de vuestros reinos, que no piense vuestra alteza ser pequeño proueimiento”⁷. Los Reyes, expertos en el manejo de la propaganda política, otorgaron pronto a esta empresa, y a su prolongación en África y en Tierra Santa, un sentido mesiánico. El ideal del

6. Desde la historiografía en prosa y en verso hasta la poesía cancioneril o la misma ficción sentimental, como ha estudiado DEYERMOND, A., “La ideología del Estado moderno en la literatura española del siglo XV”, in: *Realidad e imágenes del poder. España a fines de la Edad Media*, coordinación de A. Rucquoi, Valladolid, Ámbito, 1988, pp. 171-193. A los géneros citados podría sumarse también el caballeresco, como intento demostrar en mi trabajo, “Ideología del poder y espíritu de cruzada en la narrativa caballeresca del reinado fernandino”, en prensa.

7. FERNANDO DEL PULGAR, *Letras.- Glosa a las Coplas de Mingo Revulgo*, ed. de J. DOMÍNGUEZ BORDONA, Madrid, Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, 1958, p. 55.

rey guerrero se funde con el del rey cristiano en la figura de Fernando el Católico, al que las profecías prometían la reconquista de los Santos Lugares y la consecución de la monarquía universal. Paso previo a tan gloriosas hazañas será la toma de Granada. Los monarcas convierten la conquista del reino nazarí en una guerra religiosa, recuperando, en beneficio propio, el sentimiento de cruzada que desde la segunda mitad del siglo XI tenía jurídicamente la Reconquista. Gracias a este renovado espíritu cruzado, la monarquía consigue del Papa la autorización de cobrar por su cuenta la bula de cruzada, bula que se seguiría recaudando una vez finalizada la guerra, convirtiéndose desde entonces en uno de los recursos habituales de la corona. De este modo y como advirtiera ya Fernando del Pulgar en la carta citada, la guerra granadina resultaba una ocasión única para ofrecer a la aristocracia española, y en general a toda la caballería europea, un campo de batalla a su medida, a la vez que un justificado pretexto para aunar los esfuerzos morales y materiales de todo un pueblo bajo los intereses de la corona.

En este clima heroico no es extraño que renazca una literatura como la caballeresca, unos libros que trasladan a la ficción de sus páginas imaginarias aventuras parejas a las protagonizadas por el rey o muchos de sus nobles en la guerra granadina, en la del norte de África, en las guerras de Italia o en el Nuevo Mundo, donde resuenan sin tregua sus armas. Así las cosas, estos libros llegarán a convertirse en instrumento de propaganda política de dicho ideario. Si el mesianismo y la guerra de Granada son dos temas comunes en la historiografía sobre los Reyes Católicos, también lo son, en diferente medida, en los libros de caballerías del periodo fernandino. El recuerdo de la reconquista se convierte casi en lugar común en los prólogos de estos primeros libros, como si a su abrigo estas ficciones hallaran mayor refrendo y autoridad.

Rodríguez de Montalvo rememora en el prólogo al primer libro la “santa conquista que el nuestro muy esforçado Rey hizo del reino de Granada”⁸, destacando el esfuerzo de los caballeros en las revueltas, escaramuzas y peligrosos combates, así como los esforzados razonamientos del Rey a sus altos hombres juntados en las tiendas y sus obedientes respuestas. En los prólogos de los dos primeros libros palmerinianos, el autor, con el pretexto de alabar a su homenajeado, Luis de Córdoba, recuerda a algunos de sus antepasados, privados naturales y leales servidores de la corona real, una nobleza que desde tiempos de Fernando III el Santo se destacó en la reconquista de Córdoba, de donde arranca su apellido, y que ahora tan brillantemente ha contribuido a la de Granada, siendo su abuelo,

8. GARCÍ RODRÍGUEZ DE MONTALVO, *Amadís de Gaula*, I, ed. de J.M. CACHO BLECUA, Madrid, Cátedra, 1987, p. 220.

Diego Hernández de Córdoba, quien prendió al rey moro granadino⁹ y su tío, Gonzalo Fernández de Córdoba, el afamado gran Capitán, modelo de liberalidad y religiosidad. Todavía en 1514 Feliciano de Silva recordará en el prólogo al *Lisuarte de Grecia* las gestas de algunos destacados caballeros españoles muertos en los últimos años de la Reconquista, “en guerras muy justas por acrescentamiento e defendimiento de la fe contra los infieles” [fol. n.n]. El mirobrigense cita en concreto al Conde Niebla, don Enrique de Guzmán, muerto en la toma de Gibraltar, al adelantado de Andalucía Diego de Ribera, caído en el cerco de Alora y muerto en Antequera, y a Rodrigo de Perea, adelantado de Cazorla, muerto en la defensa de la fortaleza de Castrillo. Hazañas todas ellas registradas en la *Crónica de Juan II* y recordadas por Juan de Mena en su *Laberinto de Fortuna*, fuente inmediata de inspiración, sin duda, de Feliciano de Silva. En la rueda de los presentes, el poeta cordobés elogia unas cuantas figuras contemporáneas y ejemplares del reinado de Juan II, todos ellos afamados por su heroísmo en la Reconquista. Tres de los cuatro primeros, y en el mismo orden¹⁰, son los que después recordará Feliciano de Silva como ejemplos envidiables de caballeros que “recibieron la muerte dando vida a la fama y gloria a las ánimas”. El poema alegórico de Mena, dedicado a Juan II en febrero de 1444, contribuyó a la propaganda política del programa administrativo y centralizador lanzado por el condestable Álvaro de Luna para aumentar la autoridad y prestigio del rey disminuyendo el de los grandes nobles. Si las esperanzas y la finalidad ideológica de Mena murieron con el Condestable, renacieron en el reinado de los Reyes Católicos. El *Laberinto de Fortuna* se siguió reeditando y leyendo con notable éxito y contribuyó, como explica Deyermond¹¹, “a la ideología imperial de los Reyes, tanto por su visión de España como por su tentativa de dar a la lengua castellana la dignidad del latín”. No es extraño, por tanto, que Feliciano de Silva, o en su caso el editor, lo tuvieran

9. El semblante de Diego Hernández de Córdoba figura ya en el repertorio de ilustres caballeros trazado por FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN en sus *Generaciones y semblanzas*, ed. de J. DOMÍNGUEZ BORDONA, Madrid, Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, 1965, pp. 75-76.

10. JUAN DE MENA, *Laberinto de Fortuna*, ed. de J.G. CUMMINS, Madrid, Cátedra, 1990, 4ª ed. Presenta en primer término la muerte del conde Niebla, estrofas CLIX-CLXXXVII, a la que sigue la muerte del conde de Mayorga, la del adelantado Diego de Ribera, estrofas CXC-CXCII, y la de Rodrigo de Perea, estrofas CXIII-CXCV. Los primeros editores, Hernán Núñez (1499) y Francisco Sánchez de las Brozas (1582), en su explicación de las fuentes identifican ya las gestas de estos afamados caballeros.

11. DEYERMOND, A., “La ideología del Estado moderno en la literatura española del siglo XV”, art. cit., p. 181. La participación de Mena en la composición de la *Crónica de Juan II* no está clara, como comenta ALONSO CORTÉS, N., “Juan de Mena y la *Crónica de Juan II*”, in: *Anotaciones literarias*, Madrid, 1922, pp. 5-13. Las conexiones entre el *Laberinto de Fortuna* y *Las Sergas de Esplandián* han sido apuntadas por SALES DASÍ, E.J., “Visión literaria y sueño nacional en *Las Sergas de Esplandián*”, comunicación presentada al V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval, Granada 27 de septiembre - 1 de octubre de 1993, y recogida en las Actas.

presente a la hora de componer el prólogo de esta continuación amadisiana. No deja de ser significativo, por último, que Diego Gumiel, el editor de la traducción castellana de *Tirante el Blanco*, en un afán de acercar la novela a la realidad histórica que propició estos libros castellanos, añade un prólogo original al tercer libro donde recuerda la figura de la reina Isabel y la guerra granadina.

El nuevo tipo de caballero surgido de esta “santa guerra” es también el que puebla estas ficciones, el caballero cristiano defensor de la religión y de la fe católica. En los personajes caballerescos y en sus aventuras se proyectan la figura y hechos de los monarcas y de esa nobleza titulada dispuesta a luchar contra los enemigos cristianos o contra los musulmanes del norte de África por su soberano, lo mismo que en el *Amadís* primitivo se reflejaban los numerosos crímenes que acabarían llevando al trono a la dinastía trastámara¹². Rodríguez de Montalvo, entusiasta defensor del programa político-religioso de los monarcas, adecuó el viejo relato al momento histórico y proyectó en el virtuoso y católico Esplandián la figura del también virtuoso Fernando el Católico¹³. El espíritu cruzado que alienta las aventuras del hijo de Amadís, y en especial la defensa de la amenazada Constantinopla, es el mismo que habían instrumentalizado los monarcas durante la guerra granadina y el que después alienta las expediciones norteafricanas del monarca aragonés.

El autor palmeriniano, quizá por seguir esta convención o tal vez para sustraerse de la acusación de falsedad, intentó a su manera hacer lo propio invitando a Luis de Córdoba a “conocer” y “reconocer” en sus libros las “claras hazañas de vuestros mayores”. Si Montalvo había comparado implícita y explícitamente la figura de Fernando el Católico con sus caballeros de ficción¹⁴, el autor palmeriniano invita escuetamente al lector a leer entre las líneas de su fingida historia, la

12. Según AVALLE-ARCE, J.B., *Amadís de Gaula: el primitivo y el de Montalvo*, México, FCE, 1990, p. 101, la versión primitiva se compondría hacia 1290, en el reinado de Sancho IV, para sufrir después diversas recreaciones en los reinados posteriores. A partir de la conexión entre Leonoreta y Leonor de Guzmán, amante de Alfonso XI, BELTRÁN, V., “Tipos y temas trovadorescos. *Leonoreta / fin roseta*, la corte poética de Alfonso XI y el origen del *Amadís*”, *Cultura Neolatina*, 51, 1991, pp. 47-64, comenta su posible génesis y difusión en la corte castellana de Alfonso XI.

13. El trasfondo histórico del libro ha sido estudiado por FOGELQUIST, J.D., *El “Amadís” y el género de la historia fingida*, Madrid, Porrúa, 1982, en especial el capítulo VII; BEYSTERVERELDT, A. Van, *Amadís-Esplandián-Calisto. Historia de un linaje adulterado*, Madrid, Porrúa, 1982, principalmente pp. 57-77. Para *Las Sergas de Esplandián* en concreto, véase también la introducción de W.Th. LITTLE a su traducción inglesa, *The Labors of the Very Brave Knight Esplandián*, New York, Medieval and Renaissance Texts and Studies, 1992, pp. 35-39.

14. Recuérdense las palabras del autor a Urganda la Desconocida: “que este gran rey que digo (Fernando el Católico), en hermosura de rostro, en gentileza de cuerpo, en grande habla, en acabada discrecion, y en todas las otras virtudes y gracias que á rey conviene tener, ninguno destos vuestros se le podria igualar”, *Las Sergas de Esplandián*, ed. de P. de GAYANGOS, Madrid, Atlas, BAE, t. 40, 1963, p. 500 b.

historia de España, esa historia en la que tan gloriosamente participaron los Fernández de Córdoba. Al estilo de los *accessus* actualizadores de Juan del Encina a la traducción de las *Bucólicas* virgilianas, pero sin el comentario incluido en los “argumentos” previos¹⁵, el autor está proponiendo tímidamente una lectura interesada de estos libros en clave histórica. Independientemente de cuál sea su sentido originario y su finalidad última, la propuesta es interesante, pues demuestra un deseo expreso por parte del autor de conectar la ficción con la historia, como si en ella encontrara el relato su sentido.

Las obras no son, obviamente, crónicas noveladas de esta nobleza andaluza, como sugiere veladamente el autor, y no es fácil tampoco hallar, si es que los hay, referentes históricos precisos y ciertos. Sí que pueden verse proyectados en ellas, como sucediera con la obra del medinés, algunos de los intereses monárquicos. La política de anexiones territoriales practicada por los Reyes Católicos y basada en los derechos dinásticos pudo determinar en este caso la concepción de un heredero legítimo al trono bizantino como héroe protagonista de la serie. La corona de Sicilia, otrora bizantina, heredada por el monarca aragonés era una prefiguración de la conquista de Jerusalén y de Constantinopla, de la reunión de dos imperios (Oriental y Occidental) y de una monarquía universal a la que Fernando el Católico estaba llamado. El título de rey de Jerusalén, que Alfonso V de Aragón se atribuyó a raíz de la conquista del reino napolitano, se lo concedió definitivamente el Papa Julio II, en 1510, a Fernando el Católico y a sus sucesores. Su grandioso plan de aniquilamiento del Islam pasaba por la conquista de Alejandría, Grecia y Constantinopla. Herederos legítimos del trono griego, Palmerín y Primaleón dedicarán sus esfuerzos a la lucha contra el infiel, empresa que le permitirá al autor recrear con detalle el mundo oriental y abogar –tal en vez en una llamada de atención al poder real– por un clima de tolerancia muy distinto del que se respiraba en la Península en los años inmediatos a la expulsión de los judíos.

Francisco Delicado, el corrector de la edición italiana del *Primaleón* (1534), veintidós años después de la aparición de ambas obras palmerinianas, recogió la invitación del anónimo autor y fue más lejos en su interpretación de la historia,

15. Como explica A.M. RAMBALDO en su edición de las *Obras Completas. I. Arte de poesía castellana, poemas religiosos y Bucólicas*, Madrid, Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, 1978, p. xxix, en los “argumentos” de cada égloga, Juan del Encina aplica las alegorías a situaciones españolas y a personajes reales a quienes, en ocasiones, introduce también en el texto mismo de las églogas. Escribir la historia de la Castilla del momento es tanto como trazar el panegírico de los Reyes Católicos y todo quehacer intelectual había de rendir tributo a los monarcas, como muy bien ha demostrado CÁTEDRA, P.M., *La historiografía en verso en la época de los Reyes Católicos. Juan Barba y su “Consolatoria de Castilla”*, Salamanca, Servicio de Publicaciones, 1989, pp. 29-30.

identificando a personajes de ficción con personas históricas¹⁶. De esta manera, y al igual que Virgilio para exaltar más al emperador escribió las batallas de Troya, argumenta Delicado, el autor del *Amadís* aplicó al reino de Inglaterra las cosas que don Fernando el Magno obró en Castilla y León; el autor palmeriniano, “aplicando las hazañas de los cavalleros castellanos en Grecia y en estraños reinos y dándoles nombres estraños, dixo lo que passava entre los moros y entre los christianos que entonces poseían algunas partes en la España, començando del rey don Enrique el segundo, que fue padre del rey don Juan el primero, que dellos a Palmerín uvo poca diferencia”. Las similitudes del autor de *La Lozana andaluza* se extienden a otros personajes, pues si las hazañas de Palmerín con el rey de Granada [sic] se asemejan a las de Enrique II y Juan I, la figura de Primaleón se equipara a la de Diego Fernández de Córdoba y la de don Duardos, a la de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán¹⁷.

La mirada del novelista se vuelve a la historia de España en busca de hechos asimilables con la ficción. Frente a lo que pudiera esperarse, el referente real lo encuentra Francisco Delicado en el reinado de Juan I, en dos episodios recogidos por la *Crónica del rey don Juan, primero de Castilla e de León* que dan la talla moral de este monarca que consiguió del Soldán de Babilonia la liberación del Rey de Armenia, por medio de palabras y presentes antes que por la fuerza, y acogió en su reino a cincuenta caballeros Farfanes venidos de Marruecos¹⁸, episodios históricos que sin lugar a dudas Delicado asocia a algunas aventuras de Palmerín de Olivia en Berbería y en concreto con el Soldán de Babilonia.

Delicado fuerza la lectura de estos libros, incluido el *Amadís*, entrando a saco

16. El prólogo está reproducido parcialmente por P. de GAYANGOS, en su famoso “Discurso Preliminar” a su edición *Libros de caballerías*, Madrid, Atlas, BAE, t. 40, 1963, p. xlv, nota 3, y en la edición de DI STEFANO, G., *El libro del famoso e muy esforçado cavallero Palmerín de Olivia*, Pisa, Università di Pisa, 1966, pp. 783-784. Una reciente edición y estudio de los prólogos de Delicado a las ediciones del *Amadís* y el *Primaleón* ofrece Elisabetta SARMATI en su tesis doctoral, en prensa, *Le critiche ai libri di cavalleria nel cinquecento spagnolo (con uno sguardo sul seicento). Un’analisi testuale*.

17. La equiparación entre caballeros reales y personajes de ficción artúrica no es nueva. Al narrar la guerra entre el rey de Portugal y Enrique III, cuenta GIL GONZÁLEZ DÁVILA en su *Historia de Enrique III*, p. 125, que ante la tenaz resistencia de Coria, don Juan I de Portugal dijo a los suyos: “Aquí hacen falta los caballeros de la mesa redonda”. A lo que respondió Men Rodríguez Vasconcelos: “Señor, en esta ocasión no hacen falta tales caballeros, que aquí están Martín Vázquez de Acuña, tan bueno como don Galván, y Juan Fernández Pacheco, tan bueno como Lanzarote”. Recoge la cita J. DOMÍNGUEZ BORDONA en la edición citada de FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN, *Generaciones y semblanzas*, p. 16, nota 24.

18. Los sucesos citados están perfectamente recogidos en la citada *Crónica de Juan I*, editada por C. ROSELL en sus *Crónicas de los Reyes de Castilla, desde don Alfonso el Sabio hasta los Católicos don Fernando y doña Isabel*, II, Madrid, BAE, t. 68, 1923. Corresponden respectivamente a los años 1380 (cap. VI, p. 69) y 1390 (cap. XX, p. 143). Una visión general de su reinado ofrece SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Juan I de Castilla (1379-1390)*, Madrid, Revista de Occidente, 1955.

en la historia de España. Como se comprobará, se distancia del momento histórico que generó estas obras, de los gloriosos años de la guerra granadina, en la que pudo incluso participar, y se remonta sobre todo a los primeros años de la dinastía trastámara. Quizá por su condición conversa y de exiliado, Delicado silencia la figura de los Reyes Católicos, amén de la del emperador Carlos V, y dirige su mirada tiempo atrás hasta fijarla en un monarca, Juan I, que dio más muestras de tolerancia que las que él posiblemente halló en sus soberanos, tolerancia por la que abogaba también, recuérdese, el autor palmeriniano. El referente histórico inicial de estas obras se ha perdido, quizá voluntariamente en el caso de Delicado, pero no por ello las obras dejan de tener un sentido histórico y el valor ejemplar siempre otorgado a la historia.

En el momento en que escribe Delicado, primera mitad del XVI (1534), el género caballeresco estaba alcanzando la cumbre de su éxito. Aunque las circunstancias históricas habían cambiado, todavía persisten algunos de los viejos ideales transmitidos por los primeros libros. Las tendencias milenaristas difundidas en el reinado anterior, el interés por Jerusalén y la peregrinación a Tierra Santa, siguen vigentes y la nueva dinastía, en la persona de Carlos V, recoge la herencia mesiánica de los Reyes Católicos con la de los emperadores del Sacro Imperio Germánico¹⁹. Los “viejos” libros se publican con notable éxito y continúan siendo instrumentalizados por el poder real. Las reediciones de los libros del periodo fernandino y la aparición de nuevos títulos hacen de contrapunto a las principales batallas del Emperador, como ha señalado Raffaele Puddu²⁰. Si se atiende a las fechas, se comprobará que los libros se editan mayoritariamente al compás de las empresas militares de Carlos V, empezando por la victoria de la batalla de Pavía, tras la que el destino de Europa pasa a manos del Emperador y ello provoca nuevas esperanzas mesiánicas entre las diversas capas de la población española, preconizando de nuevo la cruzada de los pueblos cristianos unidos contra el turco para que el monarca reconquiste Jerusalén y el imperio de Constantinopla²¹. Momentos claves para la publicación de nuevas ediciones y reediciones serán la expedición a Túnez (1535), reanudada la guerra contra Francia y cercada Perpiñán (1542-1543) o los años de cruzada contra los luter-

19. REDONDO, A., “Devoción tradicional y devoción erasmista en la España de Carlos V. De la *Verdadera información de la Tierra Santa* de Fray Antonio de Aranda al *Viaje de Turquía*”, in: *Homenaje a Eugenio Asensio*, Madrid, Gredos, 1988, pp. 391-416.

20. PUDDU, R., *El soldado gentilhombre*, Barcelona, Argos Vergara, 1984, p. 49.

21. REDONDO, A., “Mesianismo y reformismo en Castilla a raíz de la batalla de Pavía: el *Memorial* de don Beltrán de Guevara dirigido a Carlos V (1525)”, in: *Homenaje a José Antonio Maravall*, III, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1985, pp. 237-257, en especial 242-243.

nos. Si la figura de Fernando el Católico sigue inspirando la trama central de obras como el don *Florindo* de Basurto, en la que el autor aragonés encubrió el largo litigio que mantuvieron la Corona de Aragón y la monarquía francesa a propósito del territorio napolitano, Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Claribalte* subordina la trayectoria arquetípica del héroe a la exposición de un programa político coincidente con las aspiraciones imperiales de Carlos V²². En cualquiera de los casos, el espíritu caballeresco y cruzado de los primeros libros continúa estimulando las hazañas de Floriseo, Claribalte, Lepolemo o don Florindo, como alentó las de Esplandián, Palmerín, Primaleón o Lisuarte, Fernando el Católico o Carlos V.

Transidos de la ideología propia de la clase dominante, los fabulosos libros de caballerías se convirtieron en un importante instrumento de propaganda política, de afirmación de la monarquía y de la clase aristocrática, además de en un excelente pasatiempo. Como la cultura caballeresca en general, estos libros representaron un eficaz *instrumentum regni* ideológico capaz de cohesionar la nobleza, otrora en constante pugna por el poder político, al servicio del poder real. Su reaparición se halla unida a los años más gloriosos del reinado de los Reyes Católicos y su génesis hay que buscarla en la historia de esos años, jalonada por sucesos tan decisivos para el curso de la historia como fueron la guerra de Granada y norteafricana, la conquista del Nuevo Mundo o las guerras de Italia, sucesos todos ellos que fueron sin duda fuente de inspiración. Esta nueva edad heroica, real e inmediata, cumplidamente registrada en las crónicas y vivida por los propios autores, se convierte en los “cimientos de verdad”, como diría el medinés, de estos libros. Sobre ellos se levanta un fabuloso edificio de fantasía donde la historia real se pierde aparentemente y se transfigura en un pasado remoto y en tierras lejanas hasta reaparecer proyectada en esas aventuras que alimentaron durante casi un siglo la vida y el espíritu caballeresco de dos reyes y un sinfín de damas y caballeros.

M^a Carmen MARÍN PINA
 Universidad de Zaragoza

22. Para ambas obras, *vid.* RÍO NOGUERAS, A. DEL, “Una trayectoria caballeresca singular: el *Don Florindo* de Fernando Basurto”, *Journal of Hispanic Philology*, 12, 1988, pp. 191-205. MANCINI, G., “Sul *Don Claribalte* di Fernández de Oviedo”, *Annali della Facoltà di Lingue in Verona* (Università di Padova), serie II, 1, 1966, pp. 3-21; AVALLE-ARCE, J.B., “El novelista Gonzalo Fernández de Oviedo, alias de Sobrepeña”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 1, 1972, pp. 143-154.